

¿Es posible combatir la pobreza?
Cardenal Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga, SDB

Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana.
México, DF. 2009

Colección "Doctrina Social Cristiana" – 56

Cardenal Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga. Arzobispo de Tegucigalpa. Presidente de Caritas Internationalis

Nuestro amigo el Cardenal Maradiaga vino a México, invitado por IMDOSOC, y pronunció la conferencia: "¿Es posible combatir la pobreza, actuar con justicia y construir la paz, en tiempos de crisis global?", el 23 de febrero de 2009. Este acto se llevó a cabo en el Auditorio Cardenal Van Thuan, en el IMDOSOC, Ciudad de México. Asistieron empresarios, profesionistas, catedráticos, funcionarios públicos y religiosos.

ISBN: 978-7592-20-4

Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana
Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A.C.
Pedro Luis Ogazón 56, Col. Guadalupe Inn, C.P. 01020, México, D.F.
Tels.: 5661-3043 / 5661-5612 Fax: 5661-4286
www.imdosoc.com / editorial@imdosoc.org.mx
Portada detalle: GWATHMEY Robert, *Hoeing (Azadón)*, 1943.

¿Es posible combatir la pobreza?

¿Es posible combatir la pobreza, actuar con justicia y construir la paz en tiempos de crisis global?

No cabe duda que el tema que nos ocupa tiene una gran actualidad. Efectivamente ocupa páginas y páginas de todos los medios de comunicación y se discute desde todos los ángulos posibles. Se ha vuelto casi un tópico hablar de crisis hoy día.

1. La situación de crisis

Es un lugar bastante común ponerle a nuestro mundo el rótulo de “Crisis”. La situación de crisis crea grandes turbulencias: incertidumbres, vacíos, amenazas, ausencia de criterios axiológicos, etc.

Su complejidad y dinamismo permiten acercamientos desde diversos enfoques, así como diagnósticos diferentes. Es interesante la manera como la defino H. Jonas: “Disolución de las responsabilidades en la civilización tecnológica”.¹ Es interesante que al reventar todas las llamadas “burbujas”, el ex presidente de Estados Unidos dijo que “el mercado se había comportado mal”. ¿Dónde está ese señor mercado? Y hasta el día de hoy el único nombre que se menciona como responsable de un fraude de 50 mil millones de dólares es Mr. Madoff, que sigue viviendo en su cárcel de oro de su lujoso apartamento de Maniatan. ¿Dónde está el dinero de los **ahorrantes**, de los seguros médicos y de las pensiones? ¿Quién les reclamará a los ex ejecutivos de grandes empresas financieras quebradas que sólo el último año se fueron a sus casas con bonificaciones de 18 mil millones de dólares? El Presidente Obama dijo que esto era una vergüenza, pero hasta el día de hoy... ¡No hay responsables!

En mi opinión, se trata de una crisis de inteligibilidad, porque a veces no entendemos qué está pasando, al carecer de las herramientas adecuadas: algunos opinan que la sociedad emergente vino sin un manual de instrucciones. Una de las respuestas a la crisis es buscar compulsivamente seguridad, en un escenario en donde arrecian todo tipo de inseguridades:

- Inseguridad económica, con su correspondiente volatilidad financiera; se ha visto en los últimos meses con un dramático resultado.
- Inseguridad social, con la crisis de las instituciones de protección social y las terribles amenazas del terrorismo y la guerra.
- Inseguridad sanitaria, pues se transmiten enfermedades por el aumento de los viajes y la migración.
- Inseguridad cultural, que a través de las redes mediáticas mundiales y las tecnologías de la comunicación hace que Hollywood llegue hasta las aldeas más remotas, poniendo en riesgo la diversidad e identidad cultural.
- Inseguridad personal, porque todos los adelantos tecnológicos y los intercambios no son sólo para los libros y las semillas, sino además para el dinero sucio y las armas.

¹ H. JONAS, *El principio de responsabilidad*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1994.

- Inseguridad ambiental, que amenaza la supervivencia del planeta y menoscaba los medios de vida para cientos de millones de personas.

Educar a las personas para que entiendan y respondan a estas situaciones de crisis, no es tarea fácil. No se trata simplemente de un reto intelectual, sino todo un modo de vida que exige cambios en las personas y en las relaciones sociales en las que se vive.

En mi opinión, se necesita un fundamento ético desde el cual formular intentos de respuesta a la crisis de hoy. La realidad económica ha sido sintetizada por James Wolfensohn, ex presidente del Banco Mundial, de la siguiente manera:

“Vivimos en un mundo marcado por la falta de equidad. Algo no está bien cuando el 20% más rico de los pueblos en el mundo recibe más del 80% del ingreso del mundo. Algo no está bien cuando el 10% de una población recibe la mitad del ingreso nacional de su país, algo que ocurre en muchos países hoy día. Algo está mal cuando el ingreso *per cápita* de los 20 países más ricos del mundo es 37 veces mayor que el ingreso de los 20 países más pobres en el mundo. Una brecha que se ha duplicado en los últimos 40 años. Algo no está bien cuando un billón doscientos mil seres humanos viven con un dólar americano al día y otros dos billones ochocientos mil subsisten con menos de US\$ 20,00 al día.

Un nuevo compromiso para reducir la pobreza debe dirigir la política pública de todas las naciones.”

La gran paradoja de hoy es la capacidad que los países más ricos tienen de hacer el bien, pero su aparente compulsión a perder todas las oportunidades de que disponen para hacerlo.

Estados Unidos de América dedica actualmente 450 mil millones de dólares al gasto militar (aumentado ahora exponencialmente debido a la ocupación militar de Irak), pero solamente 12 mil millones a fomentar el desarrollo de los países pobres.

Puede bombardear Somalia, Afganistán e Irak, pero parece mal equipado para ayudarlos a desarrollarse. Y Europa está poco mejor, paralizada por las divisiones, los temores de los futuros miembros y los *déficits* presupuestarios.

Para los mil millones de personas que residen en los países del G-8, la vida es extremadamente buena, con rentas medias de 25 mil dólares o más por persona y una esperanza de vida aproximada de 80 años.

Para otros tres mil millones de personas, incluida China, buena parte de India y la mayor parte del este de Asia, el desarrollo económico avanza razonablemente bien a pesar de la gran volatilidad. Brasil y México parece que van por buen camino. Pero para los otros dos millones de personas restantes, la vida sigue siendo desesperada, y aproximadamente la mitad está sometida a una supervivencia precaria.

Los países del G-8 deben adoptar medidas realistas para poner fin a este sufrimiento. No lo hacen por codicia y miedo. Piensan que la pobreza mundial es inevitable y

demasiado cara de resolver. El mismo Sr. Wolfensohn lo dijo recientemente: "El G-8 debe ser sustituido por el G-20."

Pero se podrían resolver los problemas de los más pobres del mundo con relativamente poco esfuerzo o impacto negativo para su propio nivel de vida. Si consideramos solamente el primer desembolso que ha hecho el gobierno de Estados Unidos.

2. El déficit de la ética

El mayor déficit de las modernas economías no es por cierto el déficit de intercambio comercial, de la balanza de pagos o el déficit comercial. Es el déficit de la ética.

Está por escribirse la teoría de los Derechos Humanos de cuarta generación que abarca la responsabilidad de los funcionarios públicos que por su negligencia o falta de preparación generan desórdenes de tipo jurídico, económico o financiero. Los delitos financieros o las decisiones que debían tomarse y no se hicieron.

Los índices de corrupción dados a conocer por entidades como Transparencia Internacional son siempre muy preocupantes. En muchos países se cae en la tentación de la "delitocracia" que retroalimenta violencia e impunidad.

Las ciencias económicas han experimentado un avance extraordinario. Cada año hay un Premio Nobel otorgado a economistas que se destacan en la investigación. Pero la realidad del mundo evidencia que la *pobreza* en lugar de disminuir, aumenta desmesuradamente.

El tiempo de la experimentación en el campo de lo económico, que marcó los años sesenta y setenta, ha sido reemplazado por el predominio del mercado como motor principal de una actividad económica descentralizada mediante la progresiva privatización de las empresas y los servicios.

Sin embargo, la creciente brecha entre los sectores con poder adquisitivo que participan en la dinámica del mercado y las mayorías sin acceso a la oferta, con el agravante de la ausencia de una sólida clase media, y también la intervención de factores humanos como el monopolio, la corrupción y la impunidad, han provocado el repensar del papel exclusivo del mercado en la actividad económica, especialmente en los campos de la salud y la educación. Una pregunta que brota espontáneamente ante las crisis, se podría formular de la siguiente manera: ¿cuál es el papel del Estado en la economía?

Superado el modelo de un Estado ineficiente, burocrático, deficitario y clientelista, y a veces corrupto, se pregunta si su papel es tan sólo el de protector del mercado o también de interventor en la actividad económica especialmente ante la famosa "mano invisible" que en lugar de reguladora de la economía se ha vuelto ladrona.

El actual sistema económico basado en la dinámica del mercado, con la consiguiente privatización de los servicios y la generación de una cultura basada en la competencia, donde el otro es un adversario con quien hay que competir, está creando nuevas

categorías sociales para referirse a las personas sin poder adquisitivo quienes, por ende, no tienen acceso al bienestar producido por la sociedad.

Anteriormente, lo pobre y lo rico decía relación a la cantidad (tener menos o tener más). Hoy en día, el sistema social imperante produce marginados o excluidos del sistema (aquellas personas que no tienen acceso a los servicios que se han privatizado) y endeudados dentro del sistema (el amplio uso de la tarjeta de crédito, los préstamos, las hipotecas, etc.).

La Doctrina Social de la Iglesia no ha perdido ninguna actualidad. Al contrario: tiene más vigencia que nunca ante un sistema económico que ha perdido la orientación fundamental siendo víctima del egoísmo y la codicia.

3. Actuar con justicia

Pero la crisis financiera se ubica en un contexto mucho más amplio que debemos considerar. Es una crisis de diversos aspectos:

1. La crisis del modelo económico: La polarización económica de la sociedad mundial, en una competencia feroz donde no prevalece el que es más humano, sino el que produce más barato. Crecimiento y expansión se vuelven dos palabras mágicas apoyadas por tecnologías cada vez más sofisticadas al servicio de la sustitución de trabajadores.
2. La crisis social: Quien produce más barato es el que se sujeta a condiciones de un trabajo penoso, que la máquina y los computadores todavía no logran resolver. Al trabajo penoso y de corta duración, acompaña un salario indigno, sin garantía de derechos sociales, de educación de los hijos o de vivienda. El mundo creciente de los pobres, los mal empleados o desempleados, los emigrantes, los que mueren antes de tiempo porque no tienen un servicio de salud que los ampare.
3. La crisis ecológica: La explotación irracional no solamente atañe a los obreros, indígenas o emigrantes, sino también a la naturaleza. La responsabilidad de su destrucción de la devastación de los bosques y de la biodiversidad pone en peligro la vida de millones de personas, en especial la de los "campesinos e indígenas que son expulsados hacia las tierras improductivas y hacia las grandes ciudades, para vivir amontonados en los cinturones de miseria" (*Documento de Aparecida 473*).
4. La crisis cultural: Que se manifiesta por una parte como una crisis de sentido, y por otra como fundamentalismo con sus ramificaciones en las grandes religiones y en las nuevas ideologías filosóficas y políticas. La disolución del sentido de la historia humana en una mera historia natural, y la afirmación del sentido único como negación del reconocimiento del otro y del pensamiento diferente que recibe apenas un estatuto de hecho, pero no de palabra o viceversa, representan un potencial permanente de guerra y violencia.

5. La crisis democrática: Después de tantas guerras para la implantación de la democracia, hoy día esa democracia liberal se encuentra en una profunda crisis estructural por la confusión de los tres poderes y por la falta de ética. Este tipo de democracia no permite la participación satisfactoria del pueblo, sobre todo de los pobres y de los excluidos. Los que detentan el poder económico han conseguido reducir el Estado a un Estado mínimo, que no interfiere en sus intereses ni favorece a las *élites*. No consigue controlar la acumulación del capital en manos de unos pocos ni la corrupción ni los medios de comunicación que divulgan la ideología del costo-beneficio, como si fuera el primer mandamiento de un código éticamente correcto.
6. La crisis judicial: La justicia en nuestros países se ha convertido en una justicia formal, lenta y muy cara, que actúa muchas veces lejos de los lugares donde suceden las injusticias y no permite a los pobres, que desconocen los trámites legales y no consiguen pagar abogados competentes para lograr sus derechos básicos.

Pienso que serían necesarias algunas tareas urgentes por parte del Estado, para comenzar a construir una mayor justicia:

1. Crear un cierto bienestar económico y material de todos sus ciudadanos. Las deudas de la humanidad crecieron, inclusive del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, hasta el punto de estar convencidos de que no se puede cumplir las exigencias por medio del capitalismo liberal.
2. Promover la cohesión y solidaridad social interna, que es atropellada por la concurrencia o competencia del mercado globalizado, que vive de la exclusión y no de la integración de los ciudadanos. Exclusión, distribución, integración social por el trabajo y participación del lucro para que se vuelvan como Derechos Humanos, son nuevos problemas para el poder judicial, que muchas veces no tiene la adecuada preparación para esa tarea.
3. Garantizar el reconocimiento cultural (étnico, religioso, de género) del otro, en un pacto de tolerancia, que tiene su base no sólo en los hechos, sino en los derechos humanos (dignidad humana).
4. Velar por la libertad y participación política de todos en un verdadero sistema democrático, cuyo funcionamiento no dependa del tráfico de influencias del gran capital.
5. También es preciso instalar un sistema jurídico que garantice la aplicación de la ley para todos y ayude a inhibir la corrupción en todas las instancias, inclusive en el propio aparato judicial. No es fácil desarraigar el clientelismo, herencia del sistema patriarcal que proviene de los clanes familiares y hacer al paso a la reglas de un auténtico Estado moderno.

4. La doctrina social de la Iglesia

Recientemente el Papa Benedicto XVI decía a los sindicalistas italianos que “en el Magisterio de los Papas del siglo XX existe otro elemento que destaca a menudo: el llamamiento a la solidaridad y a la responsabilidad.

Para superar la crisis económica y social que estamos viviendo, sabemos que es necesario superar los intereses particulares y sectoriales, para afrontar juntos y unidos las dificultades en todos los ámbitos de la sociedad, especialmente en el mundo del trabajo. Esto es más urgente que nunca; las dificultades que oprimen el mundo del trabajo impulsan una concertación efectiva y más estrecha entre los múltiples y diversos componentes de la sociedad”.

Y en el mismo discurso añadía: “Espero que de la actual crisis mundial nazca la voluntad común de crear una nueva cultura de la solidaridad y de la participación responsable, condiciones indispensables para construir juntos el futuro de nuestro planeta”. “El mundo tiene necesidad de personas que se dediquen con desinterés a la causa del trabajo, respetando plenamente la dignidad humana y el bien común”.

La crisis económica debe llevar a redescubrir el auténtico valor del “capital humano”, dijo también recientemente el patriarca de Venecia. “La crisis económico-financiera puede convertirse en una ocasión para un sobresalto virtuoso de cada uno de nosotros, acompañado de una mayor pasión por la edificación común y realista de la buena vida y el buen gobierno”.

A partir de la actual situación financiera se ha hecho manifiesta una realidad que muestra “una cierta involución antropológica y ética, al menos en las sociedades avanzadas”.

Según el modelo hasta ahora reinante, “el horizonte de la convivencia humana se centra en el presente en menoscabo del futuro y se prefiere lo efímero a lo duradero, lo anónimo a lo personalizado, lo individual a lo comunitario”.

“Son estos los ámbitos que debieran ser objeto de reflexión de quienes están comprometidos personalmente en ese mundo de la empresa que hunde sus propias raíces en una sólida tradición familiar y laboral, donde es evidente el peso de la experiencia comunitaria cristiana”.

El Cardenal destaca la importancia de aprovechar el escenario presente para incrementar el valor de la perspectiva humana en las relaciones económicas: “En la crisis actual ‘Estado’ y ‘mercado’ siguen siendo efectivamente expresión de la constitución de la sociedad y su tradición y del carácter actual de las relaciones sociales”. “En cuanto a las empresas, la crisis debe impulsarlas hacia un mayor reconocimiento del peso del capital humano”.

El Cardenal Scola se pregunta por el sentido de la intervención estatal en esta situación histórica y sobre si habría que renunciar, a favor del Estado, al peso de la sociedad civil.

A lo cual responde que “con la crisis ciertamente necesitamos ‘más Estado’, pero lo necesitamos para salvaguardar el peso de la sociedad civil para tener más mercado. Se plantea indudablemente un problema de eficiencia, pero con un imprescindible aspecto ético de equidad”.

“La Doctrina Social de la Iglesia señala incansablemente la preponderancia de la sociedad civil también en el ámbito económico”, junto con la necesidad de que exista una justa subordinación axiológica del Estado a la sociedad civil de manera que la convivencia no quede reducida puramente en la dicotomía “Estado-mercado”.

“En la actual coyuntura histórica la intervención del Estado tiene un carácter sobre todo de emergencia, necesario para interrumpir la cadena de la crisis. No parece existir una alternativa de salvamento a la intervención pública, aunque esto se deba puramente al hecho de que el Estado tiene el monopolio de la recaudación fiscal coercitiva”.

En estas circunstancias se requiere una mediación estatal destinada a dar protección a los sectores más desamparados. “Una ‘buena’ intervención del Estado permitirá que los costos de la crisis se cubran en el tiempo y entre los distintos grupos de ciudadanos en forma menos inicua de lo que habría ocurrido por efecto directo de la crisis.

Es preciso evitar por lo tanto que suceda lo que normalmente ocurre, es decir, que la crisis se descargue sobre los sectores más débiles”.

“La historia nos señala que algunos bancos y grandes patrimonios surgieron ‘de la parte inferior’ de la empresa social”.

“Para indicar esta preciosa dotación de nuestra historia, tiene entonces sentido emplear las fórmulas ‘más capital humano’, ‘más capital civil’; pero en este sentido ‘más sociedad’ sirve también para tener ya sea un ‘mercado’ (también financiero) más abierto y participativo, ya sea un ‘Estado’ digno de su función de servicio al bien de la convivencia común”.

Admitimos con realismo que el equilibrio entre estas tareas es difícil, por ejemplo el equilibrio entre el bienestar económico, la solidaridad social y un sistema verdaderamente democrático. No existe ningún gobierno en el mundo que haya conseguido este equilibrio por un tiempo prolongado. Hay modelos políticos que enfatizan apenas uno de estos aspectos y que periódicamente entran en crisis:

- El modelo anglosajón, que incorporó la ideología liberal y favorece la expansión y el bienestar económico para un grupo considerable de sus ciudadanos, ha reducido la solidaridad institucional para los pobres.
- El modelo socialista, que enfatiza la igualdad y el bienestar social de los ciudadanos, en detrimento de una economía próspera y de las libertades políticas.
- El modelo asiático (los llamados tigres), que consigue prosperidad económica y social al precio de reducción de la democracia y el dirigismo político.

- El modelo indígena y campesino, que es tierra para vivir y no para lograr grandes lucros, y el poder político para servir a la comunidad. Se puede aprender mucho de las sociedades indígenas, pero no es posible copiarlas. Nuestras sociedades nacionales y transnacionales son mucho más complejas por la industrialización y por la gran cantidad de personas que viven en ellas.

Al comienzo de la segunda mitad del siglo pasado, parecía posible domar el capitalismo salvaje dentro de un sistema democrático y social en los países de Europa Occidental. Pero el precio fue la difusión de la miseria en la periferia del mundo industrializado. Surgió el muro entre el Primer y Tercer Mundo. Visto el fracaso de ese equilibrio y descubierta la artimaña de los países que viven a costa de los países periféricos, se instalaron movimientos sobre todo en el llamado Tercer Mundo que procuraban equilibrar los tres polos, enfatizando la solidaridad social en detrimento de la libertad política. En su conjunto fracasaron igualmente.

Ahora, en el mundo globalizado, sin fronteras geográficas ni políticas, la pobreza no tiene a donde ir. Todos los países reproducen el Primer y el Tercer mundo dentro de sus propias fronteras.

Pero creemos que otro mundo es posible, porque el choque entre crecimiento económico, seguridad social y democracia política no funciona, ni ofrece una perspectiva viable para el futuro. El equilibrio entre el crecimiento o acumulación capitalista, integración social y legitimación democrática, pasado por el cedazo del cálculo costo-beneficio y de inversión-lucro no puede funcionar.

Democracia con hambre y miseria, o bienestar material sin participación, sin libertad política y sin horizonte de sentido, o prosperidad económica del país con dictadura y hambre (el país va bien, el pueblo mal); o prosperidad política y económica para las *élites* y miseria para el pueblo.

Actualmente pocos gobernantes tienen la audacia de prometer en los discursos políticos la integridad de estructuras sociales y las promesas de la democracia moderna ante la mercantilización de la sociedad mundial. Esta sociedad-mercadería arrasa los recursos materiales para producir siempre nuevos productos innecesarios y devora, por la competencia estructural, los recursos morales de la democracia que se debería alimentar de la solidaridad colectiva.

La visión de una sociedad transnacional de ciudadanos que no se subyuga a los imperativos del mercado de las siempre nuevas mercaderías y de la competencia eliminadora, que construye una democracia participativa para regenerar la solidaridad a escala mundial, representa el desafío de la época. La única arma para curar las heridas de la Modernidad es la propia modernidad. Se necesita el veneno para elaborar la vacuna correspondiente.

Contra las graves deficiencias de nuestras democracias en el sistema jurídico, en la economía descontrolada, en el no reconocimiento del otro, no existen recetas mágicas. No pueden ser corregidas por la pre ni por la pos modernidad.

Es interesante que el modelo actual, fundamentado en el famoso lema de la Revolución francesa de “Libertad, Igualdad y Fraternidad” se haya quedado sin realizar después de más de dos siglos.

La historia del mundo desde el siglo XIX ha sido un intento de realizar cada uno de estos tres desafíos... que por lo demás son apasionantes no sólo individualmente considerados, sino más aún en su conjunto y en la relación de interdependencia que entre ellos existe. La Revolución francesa es el único sueño de cambio que el mundo civil ha realizado tomando pie en los valores del cristianismo y ayudando a recuperar lo que esos valores exigían en su puesta en práctica para convertirse en una realidad contundente. La libertad, por cierto, reclama la existencia de personas libres que vayan aventurándose en convertir cada acto humano en un signo de respeto a la libertad del otro, invitándolo creativamente a unir libertades individuales y convertirlas luego, con verdadera convicción, en libertades públicas que implican con sus realizaciones a todos los que viven en una comunidad.

El liberalismo quiso desarrollar la teoría revolucionaria pensando que desde la libertad lograda la igualdad encontraría su cauce y ambas serían llamadas a generar la fraternidad universal; fue un camino y fue un método equivocados pero que dejaron una ganancia cierta y sensible porque la libertad hizo conocer que era un valor que no podía ser olvidado, sino colocado en su lugar justo y así ofrecer certezas que garantizaran que la comunidad y los individuos no serían felices bajo ninguna forma de tiranía.

Luego hubo quienes sometieron los principios de la Revolución al diseño de un sistema que partiendo de la igualdad pudiera ofrecer bases ciertas para garantizar una libertad que no fuera limitada por las condiciones de la existencia de los ciudadanos. El marxismo y su final decadencia en el comunismo mostraron que el método y el procedimiento también eran falsos. Mostraron sobre todo que entre los valores se hace necesaria una categorización y un armónico crecimiento. La sola búsqueda de la igualdad puede llevar a horrores similares a los que conduce la búsqueda de la libertad como un absoluto. Los horrores de este intento no descalifican a la igualdad, sino que dejan en claro que la libertad e igualdad han de encontrar un “regente” que los organice en el desarrollo acompasado que garantice que han de ser creadores de historia y de desarrollo.

Por ello ha aparecido para este siglo XXI el desafío de realizar la fraternidad entre los pueblos, valor que debe presidir la “mundialización” y que es la clave regente de una nueva sociedad en donde la fraternidad convertida en solidaria convicción haga que la libertad y la equidad creen los caminos de una nueva humanización.

La fraternidad es entonces la piedra de toque de la sociedad contemporánea y todos estamos llamados a darle contenido a esa globalización de la solidaridad que demanda un mundo que se une por múltiples intereses de los cuales el ser auténticamente humanos es algo prioritario y trascendental.

5. Construir la paz

Providencialmente, el mensaje del Papa Benedicto XVI para la Jornada Mundial de la Paz de este año 2009 trata de nuestro tema: “Combatir la pobreza, construir la paz”.

El Santo Padre nos recuerda, y voy a citar algunos números textualmente, “las repercusiones negativas que la situación de pobreza de poblaciones enteras acaba teniendo sobre la paz. Poblaciones enteras viven hoy en condiciones de extrema pobreza. La desigualdad entre ricos y pobres se ha hecho más evidente, incluso en las naciones más desarrolladas económicamente. Se trata de un problema que se plantea a la conciencia de la humanidad, puesto que las condiciones en que se encuentra un gran número de personas son tales que ofenden su dignidad innata y comprometen, por consiguiente, el auténtico y armónico progreso de la comunidad mundial”.(1)

“Una de las vías maestras para construir la paz es una globalización que tienda a los intereses de la gran familia humana. Sin embargo, para guiar la globalización se necesita una fuerte solidaridad global, tanto entre países ricos y países pobres, como dentro de cada país, aunque sea rico. Es preciso un “código ético común”, cuyas normas no sean sólo fruto de acuerdos, sino que estén arraigadas en la ley natural inscrita por el Creador en la conciencia de todo ser humano (cfr. Rm. 2. 14-15). Cada uno de nosotros ¿no siente acaso en lo recóndito de su conciencia la llamada a dar su propia contribución al bien común y a la paz social? La globalización abate ciertas barreras, pero esto no significa que no se puedan construir otras nuevas; acerca de los pueblos, pero la proximidad en el espacio y en el tiempo no crea de suyo las condiciones para una comunión verdadera y una auténtica paz. La marginación de los pobres del planeta sólo puede encontrar instrumentos válidos de emancipación en la globalización si todo hombre se siente personalmente herido por las injusticias que hay en el mundo y por las violaciones de los derechos humanos vinculadas a ellas. La Iglesia, que es “signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”, continuará ofreciendo su aportación para que se superen las injusticias e incomprensiones, y se llegue a construir un mundo más pacífico y solidario” (n.8).

“En el campo del comercio internacional y de las transacciones financieras, se están produciendo procesos que permiten integrar positivamente las economías, contribuyendo a la mejora de las condiciones generales; pero existen también procesos en sentido opuesto, que dividen y marginan a los pueblos, creando peligrosas premisas para conflictos y guerras. En los decenios sucesivos a la Segunda Guerra Mundial, el comercio internacional de bienes y servicios ha crecido con extraordinaria rapidez, con un dinamismo sin precedentes en la historia. Gran parte del comercio mundial se ha centrado en los países de antigua industrialización, a los que se han añadido de modo significativo muchos países emergentes, que han adquirido una cierta relevancia. Sin embargo, hay otros países de renta baja que siguen estando gravemente marginados respecto de los flujos comerciales. Su crecimiento se ha resentido por la rápida disminución de los precios de las materias primas registrada en las últimas décadas, que constituyen casi la totalidad de sus exportaciones. En estos países, la mayoría africanos, la dependencia de las exportaciones de las materias primas sigue siendo un fuerte factor de riesgo. Quisiera

renovar un llamamiento para que todos los países tengan las mismas posibilidades de acceso al mercado mundial, evitando exclusiones y marginaciones” (9).

“Se puede hacer una reflexión parecida sobre las finanzas, que atañe a uno de los aspectos principales del fenómeno de la globalización, gracias al desarrollo de la electrónica y a las políticas de liberalización de los flujos de dinero entre los diversos países. La función objetivamente más importante de las finanzas, el sostener a largo plazo la posibilidad de inversiones y, por tanto, el desarrollo, se manifiesta hoy muy frágil: se resiente de los efectos negativos de un sistema de intercambios financieros – en el plano nacional y global- basado en una lógica a muy corto plazo, que busca el incremento del valor de las actividades financieras y se concentra en la gestión técnica de las diversas formas de riesgo. La creciente crisis demuestra también que la actividad financiera está guiada a veces por criterios meramente autorreferenciales, sin consideración del bien común a largo plazo. La reducción de los objetivos de los operadores financieros globales a un brevísimo plazo de tiempo reduce la capacidad de las finanzas para desempeñar su función de puente entre el presente y el futuro, con vistas a sostener la creación de nuevas oportunidades de producción y de trabajo a largo plazo. Una **finanza** restringida al corto o cortísimo plazo llega a ser peligrosa para todos, también para quien logra beneficiarse de ella durante las fases de euforia financiera” (10).

“De todo esto se desprende que la lucha contra la pobreza requiere una cooperación tanto en el plano económico como en el jurídico que permita a la comunidad internacional, y en particular a los países pobres, descubrir y poner en práctica soluciones coordinadas para afrontar dichos problemas, estableciendo un marco jurídico eficaz para la economía. Exige también incentivos para crear instituciones eficientes y participativas, así como ayudas para luchar contra la criminalidad y promover una cultura de la legalidad. Por otro lado, es innegable que las políticas marcadamente asistencialistas están en el origen de muchos fracasos en la ayuda a los países pobres. Parece que, actualmente, el verdadero proyecto a medio y largo plazo sea el invertir en la formación de las personas y en desarrollar de manera integrada una cultura de la iniciativa. Si bien las actividades económicas necesitan un contexto favorable para su desarrollo, esto no significa que se deba distraer la atención de los problemas del beneficio. Aunque se haya subrayado oportunamente que el aumento de la renta per cápita no puede ser el fin absoluto de la acción político-económica, nos se ha de olvidar, sin embargo, que ésta representa un instrumento importante para alcanzar el objetivo de la lucha contra el hambre y la pobreza absoluta.

Desde este punto de vista, no hay que hacerse ilusiones pensando que una política de pura redistribución de la riqueza existente resuelva el problema de manera definitiva. En efecto, el valor de la riqueza en una economía moderna depende de manera determinante de la capacidad de crear rédito presente y futuro. Por eso, la creación de valor resulta un vínculo ineludible, que se debe tener en cuenta si se quiere luchar de modo eficaz y duradero contra la pobreza material” (11).

“Finalmente, situar a los pobres en el primer puesto comporta que se les dé un espacio adecuado para una correcta lógica por parte de los agentes del mercado internacional, una correcta lógica política por parte de los responsables institucionales y una correcta lógica participativa capaz de valorizar la sociedad civil local e

internacional. Los organismos internacionales mismos reconocen hoy a valía y la ventaja de las iniciativas económicas de la sociedad civil o de las administraciones locales para promover la emancipación y la inclusión en la sociedad de las capas de población que a menudo se encuentran por debajo del umbral de la pobreza extrema y a las que, al mismo tiempo, difícilmente pueden llegar las ayudas oficiales. La historia del desarrollo económico del siglo XX enseña cómo buenas políticas de desarrollo se han confiado a la responsabilidad de los hombres y a la creación de sinergias positivas entre mercados, sociedad civil y Estados. En particular, la sociedad civil asume un papel crucial en el proceso de desarrollo, ya que el desarrollo es esencialmente un fenómeno cultural y la cultura nace y se desarrolla en el ámbito de la sociedad civil” (12).

En la encíclica *Centesimus Annus*, Juan Pablo II advirtió sobre la necesidad de “abandonar una mentalidad que considera a los pobres –personas y pueblos- como un fardo o como molestos e importunos, ávidos de consumir lo que los otros han producido”. Los pobres –escribe- exigen el derecho de participar y gozar de los bienes materiales y de hacer fructificar su capacidad de trabajo, creando así un mundo más justo y más próspero para todos”. En el mundo global actual, aparece con mayor claridad que solamente se construye la paz si se asegura la posibilidad de un crecimiento razonable. En efecto, las tergiversaciones de los sistemas injustos antes o después pasan factura a todos. Por tanto, únicamente la necesidad puede inducir a construir una casa dorada, pero rodeada del desierto o la degradación. Por sí sola, la globalización pone de manifiesto más bien una necesidad: la de estar orientada hacia un objetivo de profunda solidaridad, que tienda al bien de todos y cada uno. En este sentido, hay que verla como una ocasión propicia para realizar algo importante en la lucha contra la pobreza y para poner a disposición de la justicia y la paz recursos hasta ahora impensables” (14).

“Por consiguiente, dirijo al comienzo de un año nuevo una calurosa invitación a cada discípulo de Cristo, así como a toda persona de buena voluntad, para que ensanche su corazón hacia las necesidades de los pobres, haciendo cuanto le sea concretamente posible para salir a su encuentro. En efecto, sigue siendo incontestablemente verdadero el axioma según el cual ‘combatir la pobreza es construir la paz’ (15).

Muchas gracias.

/Im.
06.05.2009